

agradablemente como las contemplaba. Por ser un constante *miron* Miguel de Cervantes, *miron* del género de los que nos presenta en este entremés, alcanzó á pintar con tan eminente maestría la sociedad de su siglo y el corazón humano.

Los refranes encierran todo lo mejor de la filosofía española. Conociéndolos hasta el punto que los conocia, y teniéndolos tan presentes, como se ve en el entremés de *Refranes*, no es extraño que enriqueciese todas sus obras Cervantes con tesoros de esta enseñanza, verdaderamente popular. Si tan celebrada es su felicidad para citar muchos en el *Ingenioso Hidalgo*, ya en boca de Sancho, ya en la de Don Quijote y otros personajes, ¿cuánto no será mayor el mérito de su aplicación, en una obra de tan cortas dimensiones como este entremés, y en tanto número?

Tales son, en resumen, mis estudios sobre estos opúsculos de Cervantes, dignos, en verdad, de que se conozcan y de que repetidamente se lean.

Sevilla, 20 de Julio de 1873.

ADOLFO DE CASTRO.

ENTREMÉS DE LOS MIRONES.

LICENCIADO MIRABEL (1).	SEGUNDO MIRON, CAMACHO.
DON DIEGO (2).	TERCER MIRON, VOZMEDIANO
DON FRANCISCO.	CUARTO MIRON, ROBLES.
PRIMER MIRON, FONSECA.	QUINTO MIRON, ZORRILLA (3).

Salen el LICENCIADO MIRABEL, DON DIEGO *y* DON FRANCISCO.

DON DIEGO.

Señor licenciado Mirabel, si vuesa merced me quiere bien, vuelva á contar á Don Francisco, por vida mia, lo

(1) Hubo un doctor llamado Blas Álvarez Mirabel, graduado en la facultad de Medicina y Teología, en Salamanca, el cual publicó en 1597 (Medina del Campo, por Santiago del Canto) el *Libro intitulado la conservacion de la salud del cuerpo y alma*.

Tiene de notable este libro un pasaje en que habla de las ruinas de Babilonia; de «los soberbios y suntuosos edificios de la gran Cartago, de sus arcos, su anfiteatro, sus baños y su templo»; de que «despedazáronse sus fuertes mármoles, sus pirámides altísimas»; de que «deslustráronse los bruñidos jaspes, las imaginerías, el ébano y marfil»; y de que «acabáronse con esta misma tiranía aquellas siete maravillas tan celebradas, que *apenas de ellas vemos las señales*»: frase esta última que copió Rodrigo Caro en su celebrada canción á las *Ruinas de Itálica*, que tan discretamente y con tanta copia de documentos ha ilustrado el Illmo. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

(2) *¿Don Diego* de Astudillo, el de la *Carta* de Cervantes?

(3) Cervantes solia repetir los nombres de los personajes de

que me acaba de decir de esa su cofradía (1). Apercibíos á oír una de las donosas invenciones que habeis oído en vuestra vida.

DON FRANCISCO.

Ea, señor licenciado, no me la haga desear, que tal como buena debe de ser, pues que á Don Diego, que tiene tan buen gusto, le ha caído tan en gracia.

LICENCIADO.

En suma, señores, es una niñería (2) inventada para

sus obras: hay un Saavedra en *El Trato de Argel*, y otro en *El Gallardo Español*; una Cristina en la *Entretenida*, otra en la *Guarda cuidadosa*, otra en el *Vizcaino fingido*, otra en la *Cueva de Salamanca*, otra en el *Viejo celoso*, otra en la *Gitanilla*; un Almendares en la *Entretenida*, otro en el *Casamiento engañoso*; una Hortigosa en esta última novela, otra en el *Viejo celoso*; y no cito más, para no caer en la nota de prolijo.

En el *Entremés de Los Mirones* pone Cervantes un *Camacho*, que nos recuerda el de las famosas bodas en la segunda parte del *Quijote*, un *Vozmediano* del *Gallardo Español*, un *Robles* del que se dice en esta comedia: «A retirar cristianos toca, *Robles*.»—Otro mirou, que no habla en el *entremés*, y del que se cuenta una donosísima aventura, llámase *Quiñones*, apellido de un paje en la *Entretenida*, y de un bellaco en el *Vizcaino fingido*. De una Doña Mencia de *Quiñones* se habla en la segunda parte del *Quijote* (cap. xxxi), y de una *Doña Guiomar de Quiñones* (cap. lxi).

(1) Palabra muy del gusto de Cervantes, usada en esta significacion. En el famoso soneto *Vimos en Julio otra Semana Santa*, llama *cofradías* á las compañías que se juntaban en Sevilla el año de 1596, cuando los ingleses ocupaban á Cádiz. *Cofradía* llama igualmente en *Rinconete y Cortadillo* á la compañía de ladrones y rufianes que dirigía el tío *Monipodio*. En la primera parte del *Quijote* (cap. li) se lee: «Adórame esos candiles, dijo á este punto el Barbero; ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo?» Esto es, de los que creían verdaderas las aventuras de los caballeros andantes.

(2) «Así de cada *niñería* que pasaba en el pueblo, componia un

entretenimiento por no sé cuantos estudiantes, mis discípulos, que el otro día, tratando de qué pasatiempo echarian mano para pasar con gusto algunos ratos de aqueste Carnaval (1), dieron en que por estos días se fundase una cofradía que llaman *de los Mirones* (2), cuyo instituto fuese éste: que repartidos, como frailes, por barrios de la ciudad, de dos en dos, vayan á lo disimulado mirando con atencion todas las ocasiones ó sucesos que tienen más del gustoso y del extravagante (3). Y ca-

romance de legua y media de escritura» (*Quijote*, primera parte, cap. li).

«Y que por una *niñería* que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros» (*Persiles y Segismunda*, libro iii, cap. x).

(1) La voz *Carnaval* era usada muy poco en España por entonces. Sonaba á italianismo. *Carnestolendas* decíase, y aún hay libro para describir algunas de las celebradas en Castilla.

(2) El título de los *Mirones* que se dió á esta cofradía, se tomó de los *Mirones* del juego. De éstos dijo Cervantes, en el *entremés de El Juez de los divorcios*: «Y las tardes, y aún las mañanas, tambien se va de casa en casa de juego; y allí sirve de número á los *mirones*, que, segun he oído decir, es un género de gente á quien aborrecen en todo extremo los garitos.» En la segunda parte del *Quijote* (cap. xlix) se dice: «Siempre los fulleros son tributarios de los *mirones* que los conocen.

(3) De una frase semejante se sirvió el autor, en el *Coloquio de los perros*, cuando dijo: «Usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto.» Don Juan de la Sal, obispo de Bona, en la primera de sus siete cartas al Duque de Medina Sidonia sobre algunas cosas notables de un clérigo llamado el padre Mendez, escritas en Sevilla el año de 1616, por el mes de Julio (Biblioteca Colombina, Códice AA., 141, núm. 7), y publicadas por mí en el tomo de *Curiosidades Bibliográficas*, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, imitó esta misma frase, diciendo: «Su hábito, su rostro, sus ejercicios y impresa de virtud siempre han tenido del

da tarde, á estas horas, viene cargado cada par, de cuantas baratijas ó basura ha recogido en el barrio que le cupo; y refiriéndomelo á mí, que á fuerza de brazos (1) han querido que sea su prioste, á ellos les sirve de pasatiempo el notarlo, y á mí poco menos que á ellos el oírlo. Y acordamos que se llamasen *Mirones* los cofrades, porque van desojados por las calles *mirando* lo que pasa, para traer que contar y que reir.

DON DIEGO.

Don Francisco, ¿no os parece agraciada invencion, sin perjuicio de nadie y con entretenimiento y aún con provecho de los que fueren desta cofradía: porque con ir advertidos y *mirones*, van cultivando los ingenios y adquiriendo experiencias de todo lo que ven, para hacerse prudentes? (2).

peregrino y aún extravagante en cuanto pone la mano. Don Juan de la Sal en las cartas referidas procuró imitar el estilo de Cervantes.

(1) En los versos de Urganda la Desconocida, que preceden á la primera parte del *Quijote*:

Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-

(2) Como se deduce de estas frases, Cervantes comprendía la diferencia que media entre la significacion de ver y la de mirar.

Recuerdo que el celebre Don Pedro Calderon de la Barca, decía en una de sus comedias:

Que el ver es sólo ver,
Y el mirar advertir.

Fray José Gallo en su *Historia y diálogos de Job* (Búrgos, 1619) escribió lo siguiente, cap. xxxi: «Aunque dicen es lo mismo *ver* y *mirar*; pero en el *ver*, no hay más de simple acto, sin particularidad que se haga reparando en el objeto; pero en *mirar*, algo más se encierra. *Miróme* fulana y *miréla*, más da á entender

DON FRANCISCO.

Teneis mucha razon, que es traza en que sólo pudieran dar estudiantes; y lo que ellos no hicieren no lo harán los diablos del infierno.

LICENCIADO.

Así es; pero no todos, que á muchos que han pretendido ser cofrades, no hemos querido admitirlos, porque

que *vila* y *vióme*. Sale una persona al campo, y estáse *viendo* las flores; y acierta á pasar un coche de damas, y tambien las *ve*; pasan ovejas, y *velas*: sin sentir ni reparar más en los árboles que en los animales ni coches. Esto llamo yo *ver*. Pero *mirar*, parece que es *ver dando á cada cosa lo que merece y poniéndola en su lugar*. — «Fuiste á la iglesia, ¿viste mucha gente?» preguntate el amigo. — «¿Viste á fulano?» Y respondes: — «No *miré* en tanto.» Estabas *viendo* á todos, sin *mirar* á alguno.»

A este propósito advierto á los curiosos que la *Historia y diálogos de Job* fué un libro de frecuentísima lectura de D. Pedro Calderon, en donde aprendió éste mucha parte de su filosofía y muchísimas maneras de decir, noticia bien rara por cierto, y que estimarán los aficionados.

En otro pasaje dice fray José Gallo, cap. xviii: «Ójala que tú tratases de granjear el no ir á allá, que á tí te estaria bien, y á Job no mal.» Calderon, en el *Alcalde de Zalamea*, dice que á mí me estaria bien, y á vos no mal.

Fray José Gallo escribía (cap. xxii): «La segunda culpa que le achacan á Job, también es en materia de interés (¡y qué lejos debía de estar de tales bajezas quien hacia tantas limosnas!), diciendo que á los *desnudos desnudaba*.» Calderon, en el auto sacramental de *El Gran teatro del mundo*, hablando de éste, añade:

Que al que está vestido visto,
Y al desnudo te desnuda.

Fray José Gallo, cap. xxviii, pone estas palabras: «Si en tu casa tuvieras un pozo angosto y tan profundo que nadie se atreviera á limpiarle, ¿no le llamaras abismo? Sí, porque en eso consiste el serlo. Y si tuvieras un estanque tan grande y anchu-

no basta ser *mirón*, sino también *admirón* ó *admirador* (1) de las cosas que se ven. ¡Cuántos jumentos ó caballos pasean por las calles de Sevilla con los ojos abiertos, siendo *Mirones* de todo lo que pasa, que preguntados qué han visto, ó qué han ponderado en lo que han visto, no darán razon dello! Lo mismo sucede á muchos hombres que pasan por lo que ven, con el mismo descuido que un caballo.

DON FRANCISCO.

¡Cuántos conozco yo destos! Infinitos, que sólo parece que nacieron en el mundo para gusanos de seda: duermen lo más de la vida, comen y beben el resto, y al fin muérense dentro del capullo.

roso que la vista no le alcanzara por todos lados, ¿no le llamas *mar*?»

De aquí tomó Calderon denominar *mar* á un estanque, que supone al pié de los balcones de un palacio, en Polonia, haciendo que uno de los personajes de *La vida es sueño* diga:

Cayó del balcon al *mar*:
¡Vive Dios que pudo ser!

No conocer esto, llenó de perplejidad á Don Alberto Lista; y le compelió á escribir que Calderon se distrajo, *porque no tuvo presente que en Polonia no hay puerto de mar*.

(1) «El que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido.» CERVANTES, *Quijote* (primera parte, cap. LI).

«Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba» (segunda parte, cap. XVII).

«Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire.» *Galatea* (libro II).

«Por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos: porque vuestra gallarda disposicion no se puede dejar de admirar, si se mira» (*Persiles y Segismunda*, libro III, cap. XIII).

LICENCIADO.

Por esto nuestros cofrades son muy pocos; pero la nata de todos estos estudios. Y en descubriendo en alguno poco ingenio en reparar y ponderar lo que ve, al punto se le da carta de horro y le borramos de nuestra cofradía.

DON DIEGO.

Y cuando á la tarde se retiran, lindas cosas debén traer advertidas!

LICENCIADO.

Sevilla es una Nínive, es otra Babilonia: de lo que rueda por esas calles, si hay quien lo note, cada hora puede hacerse una corónica (1). Ya se va haciendo hora de recogerse á desbuchar (2) algun par de *Mirones*. Estéense vuestas mercedes aquí, y oirán maravillas si se detienen un rato. Percieran de risa si se hallaran ayer á estas horas en este mismo lugar, porque entre otra infinidad de baratijas que trajieron notadas, un estudiante *Miron*, de agraciadísimo gusto, dijo que, habiéndole caído el barrio de Santa María la Blanca, en cuya place-tilla suele juntarse infinidad de negros y de negras (3),

(1) En la primera parte del *Quijote* (cap. XIII) dice Cervantes: «Y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno.»

(2) «Pero Don Quijote temeroso de que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades,» etc. *Quijote* (segunda parte, cap. II).

(3) Santa María de las Nieves, ó *Santa María la Blanca* (ha-

se fué disimuladamente arrimando adonde via que estaban algunos en buena conversacion; y oyó que, al cabo de muchos cumplimientos que pasaron entre unos cuantos negros (porque ellos son, no solamente con los blancos sino consigo mismos, cortesísimos y llenos de ceremonias), preguntó uno con su media lengua á otro:—«Vuestra merced me diga, ¿es verdad que su amo le ha vendido?»—«Sí, señor; vendido me há,» dijo el otro.—«¿En cuánto, por vida mia, vendió á vuestra merced?»—«En ciento y veinte ducados.» El otro, cabeceando y mirándole desde los piés á la cabeza, dijo con gran ponderacion:—«Mucho es, por vida mia! No vale tanto vuestra merced, ni con buen rato: ochenta ducados vale vuestra merced; y no una blanca más.»

DON FRANCISCO.

Lindo á fe de hidalgo fué el negro apreciador. Por eso sólo valia mil ducados. Y es lo bueno que el otro negro apreciado no se enojaria ni lo tendria por agravio.

LICENCIADO.

Bueno es eso! Antes quedó muy contento; y fué contando que su amo se habia deshecho dél porque, habiéndose casado contra su voluntad con una negra del barrio, queriendo concertar que cada sábado fuese á dor-

blando vulgarmente) es el título de una de las más antiguas parroquias de Sevilla, donde se conserva una bellissima pintura de Luis de Vargas, y otra no menos bella de Morales, el *Divino*. Para esta iglesia pintó Murillo los dos famosos medios puntos que se hallan en la Academia de San Fernando. Aun existe delante del templo la placetilla de que Cervantes habla.

mir con su mujer, le habia preguntado cuántos sábados tenía cada semana; y respondiéndole el amo que uno sólo, habia él replicado que si queria que en cada semana hubiese tres sábados al menos, él se contentaria; mas que si le daba sólo uno, se iria al juez de la Iglesia que le hiciese justicia. El amo, mohino desto, le vendió al amo de la negra por lo que quiso darle.

DON DIEGO.

Donoso anduvo el negro, por vida de quien soy. Son todos extravagantes y graciosos en cuanto piensan y dicen.

(*Entran dos cofrades, en hábito de estudiantes; y habiendo saludado y hecho su cortesia al Licenciado y á los dos caballeros, diceles el Licenciado:*)

LICENCIADO.

Sean muy bien venidos, señores *Mirones*. ¿Qué barrios les ha cabido?

PRIMER MIRON.

El de Santa Catalina con sus alrededores (1).

(1) La parroquia de Santa Catalina es de las más antiguas de Sevilla. El licenciado Alonso Sanchez Gordillo, en sus *Papeles Eclesiásticos de Sevilla* (MS., Biblioteca Colombina, 446-48) dice, hablando de esta parroquia: «Siendo los clérigos de su iglesia los más ricos de todas las iglesias parroquiales de la ciudad, por los donativos hechos á ella.....»

Don Pablo de Espinosa, en el libro de la santa iglesia de Sevilla, de que trataré en otra nota: «Don Fernando Mata de Luna, el cual casó con hija heredera de Juan Fernandez de Mendoza, hijo de Diego de Mendoza el Chico, que llamaban *cuero sin ijada*, que era señor de la casa de Mendoza en las montañas; el cual con otro hermano que se llamaba Hernan Diaz de Mendo-

LICENCIADO.

¿Y ha sido buena la cosecha?

SEGUNDO MIRON.

Razonable: nunca peor (1).

LICENCIADO.

Ea, pues, reyes míos, registren lo que hayan recogido, para que den lugar á los que fueren viniendo.

(Aquí hacen algunos cumplimientos entre los dos sobre cual ha de comenzar; y al fin dice el primero:)

PRIMER MIRON.

En lo que más nos hemos entretenido esta mañana, es en verse dar la batalla dos regatonas ó placentas de las que allí venden (2), sobre que una dellas había llamado

za vinieron á servir al santo Rey Don Fernando á la conquista de Sevilla; á los cuales les fué repartido por el sabio Rey Don Alonso un barrio que llamaban de los acipreces, que era la calle que va desde Santa Catalina hasta la puerta de Carmona.»

(1) «A fe que no es mala: mal año para las más pintadas. Nunca peor me las depare la fortuna.» (CERVANTES, *La ilustre Fregona*.)

(2) Cervantes, en el entremés intitulado *El Juez de los Divorcios*, pone en boca de un ganapán esta pintura de una placera: «Volví en mí, sané y cumplí la promesa; y caséme con una mujer que saqué de pecado. Púsela á ser placera; ha salido tan soberbia y de tan mala condicion, que nadie llega á su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan á la fruta. Y á dos por tres les da con una pesa en la cabeza ó adonde topa, y los deshonorra hasta la cuarta generacion, sin tener hora de paz con todas sus vecinas y aparceras. Y yo tengo de tener todo el dia la espada más lista que un sacabuche, para defendella,

á un aldeano, que estaba en la tienda de la otra regateando sobre unas berengenas. Trabáronse de aquí como dos sierpes, y dijéronse de lo bueno y bien cernido; y luego la una con un hace de rábanos, y la otra con una banquetta de tres piés en que estaba sentada, se acometieron como dos onzas; y á mia sobre tuya, se dieron tantas en ancho como en largo, hasta que entrando gente de por medio, las pusieron en paz; y de puro molidas como

y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de pependencias.»

En la segunda parte del *Quijote*, cap. LI, se dice: «No hay gente más mala que las placentas, porque todas son desvergonzadas y atrevidas; y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.»

En el códice B. 4.^a, 449-30 de la Biblioteca Colombina (*Memorias de Sevilla*) se lee: «1594. Este dicho año fué el primero que pesó pescado en la Costanilla Joan de Amores. — 1597. En 21 de Noviembre valió la libra de albrures 8 maravedís. Este dicho año, Puñenrostro, Asistente, azotó á la Bavarra, la gran regatona, y hubo encuentros por ella con la Audiencia.»

De este mercado de Santa Catalina habla Luis de Peraza en su *Historia MS. de Sevilla* (Biblioteca Colombina. — A. 4.^a — 442-11).

«Y así señaló (San Fernando) una plaza, que de (allí) á poco se dijo de San Francisco; y otra que agora dicen de San Salvador, otra para aves y caza en Alfalfa, otra para todos mantenimientos en Santa Catalina, otra en *Omnium Sanctorum*.»

Y en otro pasaje de su *Historia* escribe: «Junto á ésta (la plaza de la Alfalfa) está la plaza donde están las carnicerías y las freideras, y la plaza de San Leandro, donde se vende la hierba y la paja seca. Adelante, la plaza de Santa Catalina, donde venden las cosas de comer; y las dos plazas de las casas del Duque de Arcos, las plazas de San Marcos y Santa Marina, la plaza de la Feria,» etc.

En otro lugar de la misma *Historia*, al tratar de las Carnicerías, dice: «otra en la placeta de Santa Catalina.»

Hoy ya no existe este mercado.

alheña (1), jarleando se retiraron á sus tiendas. Pero lo más gracioso fué, que apenas habia pasado esta guerrilla, cuando la una llamó á un ciego y le pidió, poniéndole un cuarto en la mano, que le rezase la pasion; y apenas hubo el ciego llegado á aquello de *Saca Pilatos al Onipotente*, cuando la buena vendedora lloraba como una criatura, de pura compasion.

DON DIEGO.

Y es el donaire, que mientras lloraba con los ojos, estaria robando con las manos y engañando á los mismos despenseros, que son los sucesores de Júdas.

SEGUNDO MIRON.

Pues oigan vuestras mercedes, que falta lo mejor.

PRIMER MIRON.

Una freidera, que estaba pared y medio, no pudo sufrir tanta devocion, habiendo sido testigo de la pendencia

(1) Frase muy usada por Cervantes. En el prólogo de la segunda parte del *Quijote* se lee: «Envió al loco hecho una alheña.» En el cap. xxviii de la misma dice Sancho: «Yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan á sus buenos escuderos *molidos como alheña.*»

Ya ántes habia escrito Cervantes en el entremés del *Rufian viudo*:

Por Dios que te han molido como alheña,
Y te han desmenzado como flores.

En este párrafo y en algunos otros se emplea la frase *de la mia sobre la tuya*, que debió usarse mucho en Sevilla.

Don Juan de la Sal la introduce tambien repetidamente en sus cartas.

pasada; y dijo entre dientes, que no debiera (1):—«¡Gentil hipocresía! ¡Acabada de deshonorarse con la otra, llora en oyendo que nombran á Pilatos!» No lo dijo tan bajo que la placera no lo oyese (2). Y en oyéndolo, salta como una leona, de la tienda; y poniéndose delante della, dijole á gritos, de una en cien mil desvergüenzas. Y al quererle la otra responder, no quiso darle lugar; sino, volviéndole las ancas, arregazóse las faldas y descubriendo el trasero de par en par, dijole dos ó tres veces:—«Habla con ése, bellaca.» La freidera, que se halló con una sartén puesta al fuego, llena de aceite hirviendo para freir unos albures, cogióla en las manos, y respondióle:—«Sí, borracha; con ese hablaré, que es harto más limpio y mejor que no sois vos.» Y al mismo tiempo envasóle en toda aquella caraza del gran Turco cuanto aceite tenía la sartén. La vendedera, dando cien mil alaridos, no halló charco de agua ni de lodo en aquel suelo por donde no se revolcase, buscando algun refrigerio contra el ardor de las nalgas en que se estaba abrasando.

(1) Frase muy de Cervantes.

El obispo Don Juan de la Sal en la primera de sus cartas, ya citadas, dice: «Pero fui algun dia, que no debiera, testigo de otra semejante.»

Cervantes en el *Casamiento engañoso*: «Catorce cargas de bubas que me echó acuestas una mujer que escogí por mia, que no debiera.»

En *Persiles y Segismunda* (libro iv, cap. v) dice: «Las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres: la que yo trabé con la Talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados á remate para la horca.»

(2) «Me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oír el caballero.» *Persiles y Segismunda* (libro i, cap. v).

La freidera se retrajo luego al momento á Santa Catalina, por miedo de la justicia; y á la otra, que estaba ya como muerta, la llevaron en brazos al hospital del Cardenal, donde tendrá bien que curar por hartos dias (1). La risa y chacota de la gente fué infinita, en medio desta desgracia. Yo al menos estuve muy cerca de ahogarme, segun lo que reí.

LICENCIADO.

Ella pagó lo que debia. Ahí me las den todas.

DON DIEGO.

Para mí son más gustosas sus riñas, que ver un juego de cañas.

DON FRANCISCO.

Pues yo pajas: par Dios, si voy al lado de un Du-

(1) En el código de la Biblioteca Colombina (*Memorias de Sevilla*), B. 4.^a—149-30, se lee lo que sigue:

«El hospital de San Hermenegildo, que vulgarmente llaman *del Cardenal*... En él sólo curan heridos; y hay providencia de cirujanos y enfermeros, para que á cualesquiera horas del dia ó de la noche que llegue el herido, halle curacion y todo lo que necesita para su regalo. Tiénese particular cuidado en que el cirujano principal sea el más perito en el arte que hay en Sevilla, que visita los enfermos y los cura dos veces al dia, y gobierna á los otros que viven la casa y hospital.»

Gonzalo Argote de Molina, en su *Aparato de la Historia de Sevilla* (MS.—Biblioteca Colombina, B 4.^a—149-26), dice: «Don Juan Cervantes, cardenal y obispo de Ostia, fundó el hospital de San Hermenegildo, que llaman hoy *del Cardenal*; y yace en su sepulcro, alto, con su bulto de mármol, en la iglesia mayor de Sevilla, en una sumptuosa capilla que dotó para depositar el cuerpo del Santo, si se hallase en la torre de la puerta de Córdoba,

que (1), le deje por oirlas, y me pare hasta que se hayan acabado de mesar. En Baeza (2) me sucedió lo que diré. Hallándome yo presente, y yendo á caballo y de camino, una mañana, para pasar á Jaen á un negocio que me importaba hartos, dejé la jornada de aquel dia sólo por ver el fin de una pendencia que, al pasar por la plaza, vi trabada entre una mulata y una moza de hartos buena cara y no mal vestida. Y fué el caso, que llegando á la plaza

donde fué martirizado: como consta por bulla, que está en el archivo de la santa Iglesia de Sevilla.»

Alonso Morgado, en su *Historia de Sevilla* (Sevilla, en la imprenta de Andrea Pescioni y Juan de Leon—1587), así escribe: «El Sancto Prelado Don Juan de Cervantes fundó y dotó en ella, á la collacion de Sanctiago el Viejo, el famoso hospital de San Hermenegildo, llamado vulgarmente *del Cardenal*.»

Estando Cervantes en Sevilla era administrador de este hospital el célebre canónigo Francisco Pacheco, tio del pintor famoso del mismo nombre y apellido. Don Fernando de la Torre Farfán, en su *Relacion auténtica y científica descripcion de la Custodia* (MS., Biblioteca Colombina, tomo L, de varios, en 4.^o), llama á Francisco Pacheco «varon excelente y eminente en todas las letras.» El 8 de Julio de 1592, siendo el referido licenciado administrador del hospital, obtuvo el canonicato. Falleció á 10 de Octubre de 1599. En 6 de Octubre de 1565 mandó el cabildo de la Iglesia de Sevilla poner al pié de la célebre torre llamada la Giralda, una inscripcion latina de Pacheco. Tambien hizo las del cabildo y antecabildo, y la de San Cristóbal. Dirigió toda la parte de los jeroglíficos de la Custodia, debida á Juan de Arfe. El retrato de Pacheco estaba en el Hospital del Cardenal.»

(1) Esta frase nos trae á la memoria aquel verso del entremés del *Rufian viudo*:

Que eres bastante á deshonrar un Duque.

(2) Del suceso de que aquí se habla, ocurrido en Baeza, debió ser Cervantes testigo, así como del entierro de aquel caballero de Baeza, de que formó una de las aventuras de la primera parte del *Quijote*.

una carga de guindas, se juntó cuanta gente de bien estaba por allí; y cada uno, á mia sobre tuya, pedía quién dos, quién cuatro libras de guindas. Entre los demás se habia llegado con un lenzuelo en la mano esta moza, que dije de buen talle, para comprar como los demás. Estaba tras ella una mulata, y sobre su cabeza tendia el brazo con una cesta en la mano, dando voces que le echase el hombre de las guindas, no sé qué tantas libras dellas, para Don Juan, su señor. La mujer le rogó algunas veces que no le diese en los hombros con la cesta, y que se fuese poco á poco; hasta que, de enfadada, viendo que proseguia con su priesa, le dijo, que no debiera: — «Teneos allá enhoramala y besadme vos y vuestro señor donde no me da el sol.» No lo dijo á sorda, porque en el mismo instante la mulata, que era rolliza, soltando la cesta de la mano, se abrazó con la moza y dió con ella en el suelo boca abajo; y, altas las faldas y descubierto el trasero, á vista de cuantos estaban en la plaza, le dió en él de uno en cien besos (1), teniéndola muy recio para que todos de espacio fuesen testigos del *espectaculo* presente. Y mientras la besaba, decíale á voces: — «Mirad cómo os obedezco, ¿quereis que os bese más ó en otra parte?» Soltóla al fin, más muerta que viva de vergüenza, porque la risa de todos y los motes que cada uno decia, bien puede imaginarse cuáles debieron ser. Ella,

(1) «Iba Preciosa confusa, que no sabia á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias; y más, viéndose llevar en brazos de la Corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento» (CERVANTES, *La Gitanilla*).

despues que volvió en sí, daba llorando mil gritos: — «¡Justicia de Dios! Perra mulata, el señor Corregidor sabrá esta maldad, y te hará abrir á azotes!» Yo, que la vi caminar con mil muchachos detrás y aún con mil hombres, á casa del Corregidor, apéome en el aire y doy la cabalgadura á un criado; y con mis botas y espuelas, como estaba, voyme en pos della, por no perder tales toros. Entró dando alaridos, contó su desventura, de la manera que pudo; oyóla el Corregidor muy mesurado, que era gran socarron (1) y muy discreto, que todos conocemos, porque nació y está en Sevilla. Consolóla, deteniendo la risa cuanto pudo, y prometióle que haria justicia. Yo, que era amigo suyo, volvíle á contar el caso á solas, desternillándonos de risa. Fuése á su juzgado de ahí á poco, y manda á un alguacil que le trajese la mulata. Pareció muy desenvuelta y alegre. Preguntóle el suceso, y ella con suma brevedad dijo desta manera: — «Señor, aquella buena mujer me mandó que la besase en donde no le daba el sol. Yo, como soy esclava y he de hacer lo que me mandan, no pude dejar de obedecerla.» El Corregidor no pudo disimular la risa; díjole que se

(1) «Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron» (*Quijote*, segunda parte, cap. II).

«Llegó Sanson, socarron famoso» (*Idem*, cap. VII).

«¿Y por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno» (*Idem*, cap. XLVII).

«Y el socarron, que es más ladron que Caco» (*Idem*, cap. XLIX). Cervantes era muy aficionado á usar esta palabra.